

# Nunca fuimos buenos

Rocío López Núñez

Para Neo

Su pelo castaño se deslizaba suave, ondulado y casi perfecto sobre sus hombros, acariciando su piel con cariño mientras caminaba. Sus ojos pequeños y oscuros parecían molestos ante la suave luz que comenzaba a bañar el asfalto tras ella, anunciando el comienzo de un nuevo día.

Siguió caminando en la misma dirección y levantó una de sus manos tratando de cubrirse la cara. La tenue luz bañó su piel de porcelana como si fuese una muñeca. Porque sin duda era una muñeca, ¿verdad? ¿No era lo que siempre le decía, que parecía una hermosa muñequita joven y dulce como la miel?

Parpadeó ligeramente confundida y tras mirar a ambos lados de la calle comprendió que no sabía dónde estaba. La hilera de casas que se deslizaban suavemente colina abajo le parecían desconocidas, aunque familiares a la vez.

Se frotó la cara con el dorso de la mano intentando aclararse, tal vez todavía estaba soñando. Efectivamente tenía que ser eso, un sueño podría explicar su confusión, un sueño podría explicar por qué la luz le dañaba los ojos y por qué no sabía dónde se encontraba, a pesar de que le parecía que acababa de salir de casa.

Se detuvo un instante tratando de recuperar el aliento, pero el aire no inundó por completo sus pulmones. Si acababa de salir de casa, ¿por qué se encontraba tan cansada? ¿Por qué sus pies se negaban a obedecer sus deseos como si no quisieran despegarse del suelo?

Bajó la mirada con sumo cuidado. Algo no iba bien. Las ventanas de las casas se habían vuelto más pequeñas, el asfalto parecía derretirle los pies, los cantos de los pájaros se habían convertido en ecos sordos que morían alejándose y, aunque creía que llevaba horas caminando, no había conseguido salir de aquella maldita calle.

Murmullos, le parecía oír murmullos que se acercaban, pero después de mirar a un lado y a otro no consiguió saber de dónde procedían ni tan siquiera supo discernir si eran reales. Tan solo había sombras. No sabía si la cálida brisa de aquella mañana del mes de julio movía su vestido ni si la brillante luz del sol que nacía tras los edificios era real o un sueño perverso que jugaba a divertirse con ella.

Luego todo pareció aclararse, tal vez estuviera despertando... Pero su cuerpo comenzó a temblar y comprendió que, tal vez, alguien estaba tratando de despertarla, aunque debía estar haciéndolo con demasiada fuerza porque la estaba lastimando.

De repente, las tinieblas la envolvieron de nuevo y comenzó a desfallecer. Por alguna razón que ignoraba, su energía la abandonaba y se detuvo tratando de recuperar el aliento, pero las casas que la rodeaban no lo hicieron y parecieron girar a su alrededor como si bailasen mientras le faltaba el aire. Entonces, y como si se tratase de una revelación, todo comenzó a aclararse definitivamente y fue comprendiendo: las casas no se balanceaban, era su cuerpo el que lo hacía, la leve luz del sol hería sus ojos porque estaban humedecidos y los murmullos que parecían acercarse eran los rumores de una ciudad que comenzaba a despertar. Su vestido, un escueto camisón blanco, estaba manchado y sus pies caminaban sucios y descalzos sobre el pegajoso pavimento.

Miró de cerca las palmas de sus manos, estaban mugrientas y llenas de tierra, los nudillos ensangrentados, y tenía el cuerpo repleto de cortes abiertos que manchaban su camisón. Sus rodillas se quebraron golpeándose contra el suelo en un seco impacto. Como si aquel doloroso chasquido la hubiese devuelto a la vida, recordó de inmediato como los gritos la habían despertado, como alguien la había arrancado de la cama con violencia en mitad de la noche y su cabeza se había golpeado contra algo una y otra vez. Después la oscuridad y la nada.

Se llevó las manos a la boca tratando de pedir ayuda, pero solo consiguió escupir la sangre pastosa que se había acumulado en su interior y sintió como el pánico comenzaba a apoderarse de ella cuando sus ojos se clavaron en los cortes de sus muñecas goteando sangre sobre el cálido asfalto.

No pudo recordar nada más. El mundo volvió a girar a su alrededor cuando sintió que las fuerzas la abandonaban y solo tuvo un instante para preguntarse si aquel vacío que crecía en su pecho era la muerte abriéndose camino entre la oscuridad antes de robar su cuerpo, arrancándolo de un mundo que no quería dejar.

En ese momento abrió la boca tratando de respirar. No quería morir, pero el aire abandonó sus pulmones antes de caer al suelo sin vida, mientras la débil luz del sol se abría paso tras ella y el leve y alegre canturreo de los pájaros anunciaba el inicio de un nuevo día.